**X Jornadas de Jóvenes Investigadorxs**

**Instituto de Investigaciones Gino Germani**

**6, 7 y 8 de noviembre de 2019**

Lic. Ana Clara Azcurra Mariani

Facultad de Ciencias Sociales (UBA) - IIGG

[azcurramariani@hotmail.com](mailto:azcurramariani@hotmail.com)

Licenciada en Ciencias de las Comunicación (UBA) - Becaria UBACyT de Doctorado

**Eje 9: Teorías, epistemologías y metodologías**

**La virtud del desvío: la subalternidad como límite de la hegemonía**

**Palabras clave:** Subalternidad - Hegemonía - Poscolonial - Cine

**Introducción**

Para que algo de esas vidas llegue hasta nosotros fue preciso por tanto que un haz de luz, durante al menos un instante, se posase sobre ellas, una luz que les venía de fuera: lo que las arrancó de la noc he en la que habrían podido, y quizá debido, permanecer, fue su encuentro con el poder; sin este choque ninguna palabra sin duda habría permanecido para recordarnos su fugaz trayectoria.

***La vida de los hombres infames*, Michel Foucault**

Un límite no es aquello en que algo se detiene sino, como reconocieron los griegos, el límite es aquello en que algo comienza a presentarse.

***Construir, habitar, pensar*, Martin Heidegger**

El presente trabajo se propone un breve y exploratorio acercamiento a los posibles límites y tensiones que manifiesta un orden cultural hegemónico frente a la práctica subalterna/periférica que introduce discontinuidades en esa relación de consenso. Para ello, proponemos un cruce posible entre el análisis cultural y los enfoques poscolonialistas. El análisis cultural es aquí entendido como metodología que se nutre de conjeturas rigurosas en la lectura de los textos, mientras que las perspectivas poscolonialistas nos importan porque introducen el rescate de narrativas castradas y silenciadas durante y post procesos de colonización en el siglo XX.

La pregunta principal que se retoma es la que se hiciera Gayatri Spivak en 1988, *¿puede el subalterno hablar?*, en evidente alusión al silenciamiento estructural de los sujetos subalternos cuya habla no alcanza el estatuto de discurso. El contorno, lo periférico, presiona desde la desjerarquización por alcanzar la atención necesaria para legitimar un habla que al volverse atendible, nos reintroduce en la pregunta spivakiana. Si el subalterno habla, asistimos a una reconversión de las relaciones de poder que lo han despojado de sus rasgos de subalternidad. La condición de *subalternidad* es una relación histórica no estática asociada a posiciones de clase, etnia, género, etc., (Adamovsky, 2012). Lo subalterno es lo que posee menos importancia, lo que ocupa las posiciones y las categorías inferiores.

Asimismo, es menester clarificar qué vamos a entender aquí como hegemonía. Ni más ni menos que el concepto delimitado por Antonio Gramsci. En sus Cuadernos de la cárcel, el italiano se refirió a las clases subalternas (el pueblo) como aquellas que se encuentran dominadas-oprimidas al interior de las relaciones de poder. A estas relaciones Gramsci las entendió bajo la figura de la *hegemonía*, un concepto que difiere de “dominio”, ya que no mantiene la opresión del proletariado y/o campesinado mediante una llana/burda coerción o violencia física, sino mediante consenso. En palabras de Raymond Williams en su conocido libro“Marxismo y Literatura”, *la situación más habitual es un complejo entrelazamiento de fuerzas políticas, sociales y culturales* (1977: 148) que prospera por un “estar en alerta” frente a cualquier desestabilización, para erradicarla o para incorporarla de manera que se desactiven sus elementos más peligrosos. La hegemonía incluye el consenso y la legitimidad del orden establecido, es la *dirección intelectual y moral* y una fuerza procesual y dinámica que inunda la vida total.

Si la virtud de la subalternidad es introducir desvíos y discontinuidades que tensionan las relaciones de poder, presentaremos como caso testigo al cineasta argentino auto denominado “villero” César González, quien ha realizado un quiebre biográfico al desplazarse de “pibe chorro y preso” a poeta y cineasta reconocido en el campo de la cultura nacional.

Aquí, la contradicción dominante-dominado no pretende ser saldada sino reconocida como proceso de sobredeterminación de contradicciones múltiples que se inciden con fuerzas distintas. La posibilidad o imposibilidad de un habla subalterna/periférica que tensiona la hegemonía abre la exploración de los procesos de negociación discursiva por introducir heterogeneidad en el canal de circulación de voces oficiales.

**¿Un *Menocchio* en el siglo XXI? Breve acercamiento a la vida de César González**

Frente al nihilismo de la sabiduría oficial, hay nuevamente que instruirse en la sabiduría más sutil de quienes no tenían el pensamiento como profesión y que no obstante, desordenando el ciclo del día y la noche, nos han enseñado a volver a poner en cuestión la evidencia de las relaciones entre las palabras y las cosas, el antes y el después, el consenso y el rechazo.

***La noche de los proletarios,* Jacques Rancière**

La reconstrucción parcial de la trayectoria de César González (CG) no tiene un fin decorativo o de fascinación por lo exótico. Referirnos a la biografía de CG apunta a dibujar el contexto socio histórico y personal en el que un sujeto cuyo “destino” se presentaba como inexorable, se desvió de los límites y las posibilidades “esperables”. CG también fue conocido como *Camilo Blajaquis*, y es importante traer este dato a la luz, ya que no se trata de un seudónimo artístico si no de un nombre que tiene la carga de la violencia de la cárcel. Escribir en los penales y los institutos de menores es peligroso porque implica pensar y no se está encerrado para la manifestación práctica del pensamiento crítico. Esto es lo que la historia reciente de González descubre y no es la censura de su escritura la primera exclusión o marginación del espacio común que él mismo corporizó. Su posición en el campo social es la del *subalterno*, aquella situación en que una vida puede estar silenciada, censurada o puede reivindicarse a la manera de la condescendencia.

González nació en 1989, el primero de siete hermanos, y se crio en la villa Carlos Gardel del partido de Morón de la provincia de Buenos Aires. La rápida constatación es que su infancia y adolescencia fue en un barrio popular y empobrecido, con diez años de políticas económicas y sociales neoliberales del gobierno de Carlos Menem. Con dieciséis años, en el 2005, participó en un secuestro extorsivo que la División Especial de Seguridad Halcón desactivó. Fue condenado a cinco años de cárcel y, por ser menor de edad, pasó los primeros años en institutos de menores.

En medio de la rutina y la violencia institucional, un tallerista externo que enseñaba magia lo animó a leer novelas, poesía y filosofía a partir de prestarle libros. Todavía preso, eso lo alentó a la escritura. González utilizó el tiempo del encierro para algo distinto a lo estipulado. Desde que recuperó la libertad, su condición de “pibe chorro ilustrado” se volvió noticia en diarios como el extinto *Crítica de la Argentina* y *Página12*, y en el año 2010 la editorial Continente publicó *La venganza del cordero atado* (2010), su primer poemario; luego, *Crónica de una libertad condicional* (2011) y *Retórica al suspiro de queja* (2015). También ha dirigido dos series televisivas (*Alegría y dignidad, Corte rancho*) y finalmente desembarcó en la producción cinematográfica, rubro que más explota en la actualidad. Ya cuenta en su haber cinco largometrajes: *Diagnóstico esperanza* (2013), *¿Qué puede un cuerpo?* (2014), *Exomologesis* (2016), *Atenas*(2017) y *Lluvia de jaulas* (2018).

Su nivel de productividad tanto como su propuesta temática y estética han retumbado en los medios de comunicación, estatales y privados, que lo convocan para brindar entrevistas con relativa frecuencia, así como también en los circuitos educativos (universidades y escuelas secundarias) donde brinda charlas, talleres y se leen sus poemarios.

A comienzos de su ingreso artístico mediático, existió la tentación de considerar que la ancha bienvenida y su buena reputación estaban relacionadas con la fascinación que puede comportar la excepción o el ejemplo del pobre que deja la delincuencia para dedicar su vida a actividades enmarcadas dentro de lo correcto o lo moralmente aceptado. Sin embargo, como analicé en mi tesina de grado (Azcurra Mariani, 2014), aunque pueda aceptarse que González haya perdido su condición de *subalternidad* al ingresar al campo artístico y al mundo universitario, su discurso no ha dado un giro hacia la condena de su pasado ni ha intentado posicionarse como ejemplo de que *cualquiera, si quiere, puede*. Asimismo, su posición en el campo artístico sigue siendo subordinada, si nos atenemos a la manera *bourdiana* de entender el campo como un espacio de lucha y juego por apropiarse del capital legítimo/específico escalando posiciones.

La importancia de González en este trabajo se inicia por su origen pero a futuro no culmina allí. Hablar de su cine es referirse a textos audiovisuales que hablan de los sectores populares pero sobre todo, *desde* ellos. Si bien no es sostenible la existencia de una esencia identitaria compartida homogéneamente por los sectores subalternos, a los fines de este breve trabajo quisiéramos concederle a González la transitoria licencia de ser quien moviliza la voz (en este caso, la capacidad expresiva) más acabada (¿genuina? ¿autorizada?) para poner en circulación otro modo de narrar la experiencia de la *subalternidad* y la *marginalidad* en el cine argentino. Frente a esto, el discurso fílmico y televisivo hegemónico sólo permite que los sectores populares dejen el anonimato para ser vistos desde la carencia, el crimen, el desvío, lo brutal e incluso tropos asociados a lo animal.

Cuando se habla de la capacidad de habla de los sectores subalternos, hay una referencia implícita a la capacidad de escucha que una sociedad históricamente ha construido. Pero también, la pregunta que regresa con insistencia es aquella formulada por Gayatri Spivak (1988), quien cuestiona a los intelectuales contemporáneos respecto de si existe la posibilidad de que el subalterno *hable*. Es decir, si un sujeto relegado en la participación política y artística puede poner en circulación una narración que se acepte como válida y sea atendida.

**Algunas líneas posibles**

La tematización de la marginalidad y la miseria son parte del cine nacional desde sus comienzos, con un impulso renovado con el denominado Nuevo Cine Argentino desde mediados de la década de los ’90 (y a pesar del adjetivo “nuevo”, el movimiento arrastra esa categorización hasta hoy). A los fines exploratorios de este texto, no nos interesa resaltar qué elementos estéticos y retóricos introduce, imita o reproduce la filmografía y el audiovisual de César González, si no más bien partir de que con González ingresa detrás de cámara una condición/posición de clase en el campo cinematográfico argentino que hasta el momento se asumía como inexistente. Un sujeto que en el audiovisual “normal” o promedio en el que se narra lo popular desde ciertas interpretaciones estables, es el observado, el pintado por la luz en el lente como ese otro que se vigila, que se controla y al que se le administra la imagen, la manera de “aparecer”, es quien toma la cámara y dispone otra experiencia. Una experiencia que perfora el campo del cine aunque todavía pareciera estar al margen o en los bordes del mismo.

La conceptualización de Osvaldo Aguirre en su libro *La tradición de los marginales* (2013) acerca de los autores literarios argentinos que tensionaron el canon nacional, nos permite pensar que el cine de CG no sólo habilita pensar en el habla o las narraciones que negocian desde la posición subalterna, sino también cómo cargan consigo, por oposición, los rasgos de aquello que Aguirre llama *el centro*:

Reconocer los márgenes es constitutivo del centro, ya que la valoración de determinados textos no se hace sino en la medida en que esos textos se distinguen del conjunto. (...) El centro estabiliza, sanciona una determinada dirección, traza límites precisos. Pretende ser lo regular, lo establecido, lo admitido como garantía de un sistema. Se define con fórmulas estereotipadas pero efectivas (...) en cambio, el margen es el espacio de contornos imprecisos, de cruce y mezcla de los discursos. (2013: 7, 8)

CG no es un cineasta aislado sino que pertenece a otra genealogía, o al menos a una trayectoria biográfica espuria, que lo deja montado y pivoteando entre dos interpretaciones: la vida infame y la vida modélica del convicto redimido a partir del quiebre con lo hecho y la modificación presente de sus prácticas.

En mi tesina de grado (Azcurra Mariani, 2014) me dediqué a analizar el problema de la subalternidad y su posibilidad de representación/autorepresentación. Me pregunté si la inserción de las producciones populares en los medios de comunicación masivos implica que posean una voz propia o si son hablados/reconvertidos por el discurso dominante al entrar en contacto con éste. A partir de ello, pude constatar que la reconversión del *habla* no es una mera modificación práctica, sino parte sustancial del sistema de pensamiento de los sujetos, por lo que su efecto es material y verificable. Asimismo, el problema de la representación es que no es sólo *simbólica*, sino que también es *política* (Rufer, 2012). Esto significa que la propia administración de la voz es una negociación para volverse visible en la industria de la cultura, con igualdad de derechos (derecho al lenguaje, por ejemplo) y condiciones más allá de que toda vinculación entre sectores sociales no diluya las tensiones y los conflictos (Trigo, 2012).

A continuación, me gustaría proponer una batería de autores e ideas que nos permitan pensar de qué manera la periferia, el desvío, lo subalterno, tensionan un orden hegemónico y lo obligan a reacomodarse.

**\*¿Cómo pensar desde la perspectiva poscolonial desde América Latina?** En el libro *La noche de los proletarios* Jacques Rancière dispone la historia de obreros y artesanos que escamotearon su tiempo de descanso (no laboral), para producir algo distinto, propio y en algún sentido “autónomo”, algo *otro* a lo que se produce en lo que el autor francés llama el *tiempo normal de la dominación* (2017: 9). La idea suave de que aquello que se utiliza con un fin no previsto es un desvío, si no táctico - político al menos resistente desde la idea del placer, es una interpretación posible. Aunque da un paso más amplio y encuentra en la reapropiación del tiempo fragmentado una emancipación de esa ajenidad impuesta, una práctica de distanciamiento con el poder que conlleva una doble condición simultánea, una ruptura con la dominación y al mismo tiempo un modo de vivirla. Para Rancière, lo que cuenta es el punto de partida del abordaje analítico: igualdad intelectual o desigualdad intelectual, es decir, de qué presupuesto se parte para acceder al conocimiento de, por ejemplo, la historia de “las noches de los proletarios” de principios del siglo XIX en su caso, o de Pierre Riviere y los hombres infames de Michel Foucault, o del *Menocchio* del microhistoriador Carlo Ginzburg.

Aunque parezca una contradicción esta seguidilla de autores europeos para referirnos a los estudios poscoloniales, el cruce con los estudios culturales y con su pertinencia para su utilización en América Latina es posible si partimos de que lo que se encuentran son núcleos problemáticos comunes: no somos meros receptores de teoría sino que formamos parte de preocupaciones comunes con las salvedades que se requieran.

Un enfoque poscolonial en Latinoamérica es posible a partir de la marca que deja la colonia en las sociedades que se independizan y construyen sus propias modernidades. El proceso de independencia conlleva el establecimiento de una nueva narrativa dominante y de contra narrativas, es aquí donde la perspectiva de los estudios culturales que se interesan por las tradiciones populares de transmisión primero oral y después en su cruce con las lógicas de lo masivo que retoman los saberes desjerarquizados (Ford, 1994) encuentran su funcionamiento, su articulación. Tanto Spivak como Rancière comparten un suelo de preocupaciones respecto de quién habla, quién narra y quién habilita, sobre todo respecto del rol que los intelectuales e investigadores juegan cuando seleccionan y disponen el material y las voces que lo componen, de las que se nutren. El caso de CG puede abordarse como un cine en el que la voz que narra opera desde una ruptura con la tutela enunciativa dominante y obliga a correr, extender, las fronteras de lo decible.

**\*La subalternidad como interrupción de la hegemonía.** El abogado Julián Axat en un texto criterioso y responsable del año 2013 pone un freno a cierta romantización respecto de lo que se nomina como “pibes chorros poetas”, a cierta idea progresista que se extendía de que sujetos como CG se encuentran en cada esquina y atravesados por un aura de justicia a lo Robin Hood que confunden la excepcionalidad del caso:

La capacidad e inteligencia de Camilo **(nota: en este año aun se lo llamaba Camilo)** es entonces su poesía; la que –en el futuro- determinará si es captado y aplastado por una maquinaria cultural que todo lo tritura, y odia a pibes como él, salvo que sean la excentricidad del momento, o un ícono cultural que se agota en él mismo.

Si González no fuese una excepción, estaríamos hablando de un orden hegemónico cultural muy otro, y no de la posibilidad de un conflicto, el que conlleva correr y extender la representación homogénea, las imágenes comunes sobre los sectores populares. Cierto es que opera una habilitación, una soberanía que se extiende pero que ocurre porque la voz subalterna que negocia propone una ruptura. No negociar implica, de alguna manera, no existir. Los textos audiovisuales de CG funcionan como campos de lucha enunciativas que presionan para horadar el catálogo hegemónico de imágenes pero sobre todo, de voces habilitadas. ¿Qué hacemos con el discurso o texto que se va despojando de su subalternidad, lo condenamos por negociar y simplemente aceptamos que el subalterno no habla? El privilegio de la subalternidad es la desviación.

**\**“*El sujeto que tropieza*”*.** Authier Revuz en su texto *Heterogeneidades enunciativas* de 1984 se inscribe en el análisis materialista del discurso y demarca dos niveles en lo que llama heterogeneidad: una heterogeneidad mostrada (que refuerza del yo) y una heterogeneidad constitutiva (la dimensión del inconsciente). La idea de *heterogeneidad* nos resulta más acertada para el abordaje del habla subalterna porque en principio pareciera adentrarnos en una tensión discursiva desde la igualdad que reclama Rancière:

Igualdad poética del discurso quiere decir que los efectos de conocimiento son el producto de decisiones narrativas y expresivas que tienen lugar en la lengua y el pensamiento común, es decir en un mismo plano compartido con aquellos cuyo discurso estudiamos. (Rancière, 2017: 8)

Si todo discurso es un interdiscurso dialógico (noción bajtiniana que retoma Authier Revuz) y por ende, sometido a una influencia conflictiva entre los elementos que la componen (más o menos sistemáticos, más o menos coherentes), Authier Revuz concluye que el sujeto “más que hablar es hablado” (1984: 2) y las palabras “son siempre las palabras de los otros” (1984: 3):

Heterogeneidad constitutiva del discurso y heterogeneidad mostrada en el discurso representan dos órdenes de realidad diferentes: el de los procesos reales de constitución de un discurso y el de los procesos, no menos reales, de representación, en un discurso, de su constitución. (...) Frente al “ello habla” de la heterogeneidad constitutiva, responde a través de los “como dice el otro” y los “si puedo decir” de la heterogeneidad mostrada, un “sé lo que digo”, es decir, sé *quién* habla, yo u otro, y sé *cómo* hablo, cómo utilizo las palabras. (Authier Revuz, 1984: 9)

Pensar en que somos hablados por las palabras de los otros nos da la oportunidad de partir desde una igualdad: la de que todo discurso es un entramado relacional y conflictivo, sometido a préstamos y apropiaciones históricas. La desigualdad material condiciona la masividad y la circulación de un discurso, pero probablemente no su calidad. He ahí la igualdad que se puede reclamar al momento del análisis.

**Conclusiones: breves apuntes en pos de la des-jerarquización cultural**

Además, seamos un poco responsables: allí está la cuestión del gobierno, del Estado y del poder. Allí, los que dirigen las instituciones son cada vez más compactos y más poderosos. Se necesita mucha política, mucha construcción de poder y de nuevas formas culturales (que no son simples desvíos y transgresiones) para modificar las cosas allí arriba. Salvo que las estrategias populares los condenen para siempre a manejar una FM barrial, o una olla popular, mientras los intelectuales sintonizamos algún canal extranjero de cable, entre libro y libro, y nos extasiamos frente al círculo donde los sectores populares practican sus insurrecciones simbólicas trabajando como pueden con lo que pueden.

**Beatríz Sarlo**

Hace 18 años, Sarlo (2001) cerraba su texto *Retomar el debate* con el párrafo expuesto arriba. La potencia de estas palabras no declinó, seguimos formando parte de una arena cultural que se sostiene a partir de una apropiación y una producción simbólica y material por parte de los sujetos que es desigual, y las distancias no se salvan ni se sellan en el encuentro con las resistencias y las estrategias de supervivencia que demuestran la actividad de los sujetos subalternos frente a las legalidades dominantes. Esta desigualdad tiene su mayor anclaje en el sostenimiento de jerarquías culturales. Al modo que lo piensa Rancière (2017), si pudiéramos partir de la igualdad de las inteligencias, el régimen de lo visible, lo audible y lo aparecible derivaría en otro reparto de lo sensible.

La importancia política que reviste el estudio contemporáneo de lo popular comporta varias diferencias con los estudios históricos sobre la manera en que los sectores populares se desenvolvieron, disfrutaron y significaron antiguamente su vida cotidiana, las formas en que debieron reorganizarse frente a las represiones culturales y las imposiciones sobre el cuerpo, el trabajo y las creencias que tuvieron que asimilar durante todo el proceso de acumulación originaria. Mientras para quienes se interesan por rescatar las voces que se colaron de alguna manera en los registros de los sectores dominantes que tenían el privilegio de la escritura (por ende, de narrar(nos) la historia) y buscan rescatar elementos que traigan al presente cierta memoria de aquella mutilación histórica (Ginzburg, 1981), actualmente los sectores populares parten de otras circunstancias y por ende, nuestras perspectivas también.

En primer lugar, la cultura de lo visto, lo observado, de la imagen, no deja a nadie por fuera. La posibilidad de ser visibles se comprueba (se delinea el privilegio de un régimen escópico) y el interrogante pasa a ser de qué manera las clases subalternas son vistas, qué dispositivos las editan, montan y exhiben, y qué margen de maniobra poseen para ser visibles a su modo y por su elección. En segundo lugar la cuestión es: ¿hay una escucha polifónica posible en una sociedad que se piensa y se reflexiona desde las jerarquías culturales, donde la cabeza ejecutora sigue respondiendo al modelo de lo culto asociado a los sectores que ejercen el poder político, económico, cultural y simbólico? En palabras nuevamente de Rancière (2017), la preocupación debe ser por darle estatuto de discurso al habla de quienes todavía pierden en la lucha por la distribución de la riqueza tanto económica como simbólica. La política surge aquí: cuando se reclama ser parte igual, cuando quienes son iguales en lo jurídico reclaman igualdad política, económica, cultural, pero también discursiva.

Durante un tiempo asumí que mi interés teórico-político en las indagaciones por la cultura popular tenía que ver con la posibilidad de dar voz a quienes se desplaza de los debates y los discursos públicos más o menos masificados. Pero ese gesto comporta una operación de poder, además de un imposible. Hablar de “voces de los de abajo” desplaza socialmente y topográficamente esas hablas, elevando la de quien se atribuye el rol de expositor. Hoy me posiciono desde el registro y la interpretación crítica de manifestaciones, formas y procesos que diagnostiquen la relación de fuerzas en ciertos momentos entre quienes producen cultura y riqueza y quienes se la apropian parasitariamente, como pequeño aporte al campo de conocimiento y quizás, a la organización de las voluntades para la transformación social, porque como admitió Hall (1984), el socialismo surgirá de los sectores populares y es por esto que lo popular, lo subalterno, importa.

Postulamos que la voz subalterna tiene dos posibilidades/capacidades en el plano de la producción político-cultural de una sociedad: por un lado, pluralizar el espacio de las voces en circulación proponiendo otros sentidos e interpretaciones posibles; y, por el otro lado, cuestionar/tensionar la hegemonía . Desde esta última función, los discursos de los sectores populares y subalternos son el límite al consenso pacífico o la alianza entre sectores porque desnudan sentidos no comunes y condiciones materiales de vida que se alejan de los principios de igualdad que se plantean los estados democráticos. Consideramos que las producciones subalternas poseen una densidad simbólica suficiente para desnaturalizar los mensajes corrientes y propiciar un tipo de espectador que deba movilizar su capacidad de crítica o salir de la zona de comodidad frente a imágenes no convencionales sobre la vida en los márgenes. Como se afirma en el contexto actual de los estudios subalternistas y poshegemónicos, “la subalternidad deconstruye la hegemonía: como afirma Spivak, el subalterno es el resto mudo e imposible que siempre deshace las posiciones hegemónicas” (Beasley-Murray, 2010: 15).

**Bibliografía (utilizada y consultada)**

Acosta, Santiago (2016): Posthegemonía y postsubalternidad: desencuentros del latinoamericanismo frente a la “marea rosada”, en Cuadernos de Literatura Vol. XX n° 39, Enero-Junio 2016, Columbia University, Estados Unidos.

Adamovsky, Ezequiel (2012): “Introducción” a Historia de las clases populares en la Argentina, Buenos Aires: Sudamericana.

Aguirre, Osvaldo (2013): *La tradición de los marginales*, ediciones UNL, Santa Fé.

Althusser L. (2004a). “Contradicción y sobredeterminación”. En La revolución teórica de Marx. Buenos Aires: Siglo XXI: 71-96.

Authier Revuz, Jacqueline (1984). “Hétérogénéité(s) énonciative(s)”. En Langages, 73, 98-111

Axat, Julián (2013): “El mito de los pibes chorros poetas” en El niño rizoma, http://elniniorizoma.wordpress.com/2013/03/27/el-mito-de-los-pibes-chorros-poetaspor-julian-axat/

Azcurra Mariani, Ana Clara (2014): Camilo Blajaquis: límites y posibilidades del habla subalterna, Tesina de grado Licenciatura en Ciencias de la Comunicación, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

Beasley-Murray, J. (2010), Poshegemonía. Teoría Política y América Latina, Paidós, Ciudad de Buenos Aires

Beverly John (2004): Subalternidad y representación, Iberoamericana, Madrid.

Ford, Aníbal (1994): “Culturas populares y (medios de) comunicación”, en Navegaciones. Comunicación, cultura y crisis, Buenos Aires: Amorrortu.

Foucault, Michel (1996): La vida de los hombres infames, Colección Caronte ensayos, Editorial Acme, Buenos Aires.

Ginzburg, Carlo (1981): *El queso y los gusanos*, Muchnick, Barcelona.

Gramsci, Antonio (1961): “Observaciones sobre el folklore”, en Literatura y vida nacional, Buenos Aires: Lautaro

Gramsci, Antonio (1974), Antología, selección, traducción y notas de Manuel Sacristán, España, Siglo veintiuno editores

Grüner, Eduardo (2010). "La Parte y los Todos. Sobre algunas cuestiones preliminares". En La oscuridad y las luces. Buenos Aires: Edhasa.

Guha, Ranajit (2002), Las voces de la historia y otros estudios subalternos, traducción de Gloria Cano, Barcelona, Crítica.

Hall, Stuart (1984): “Notas sobre la deconstrucción de lo popular”, en Samuels, R. (ed.): Historia popular y teoría socialista, Crítica, Barcelona.

Rancière, Jacques (2017): La noche de los proletarios: archivos del sueño obrero, 2da edición, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Tinta Limón.

Rufer, Mario (2012): El habla, la escucha y la escritura. Subalternidad y horizontalidad desde la crítica poscolonial, en Corona Berkin, Sarah; Kaltmeier, Olaf (eds.): En diálogo. Metodologías horizontales en Ciencias Sociales, Gedisa, México.

Sarlo, Beatríz (2001): Tiempo presente, notas sobre el cambio de una cultura, Siglo XXI, Buenos Aires.

Spivak, Gayatri (1988) “Can the Subaltern Speak?”, en Nelson, Cary & Lawrence Grossberg, Marxism and the Interpretation of Culture, Urbana & Chicago, University UP

Trigo, Abril (2012): Crisis y transfiguración de los estudios culturales latinoamericanos, Editorial Cuarto propio, Chile.

Williams, Raymond (2009 [1977]): Marxismo y literatura, Las cuarenta, Buenos Aires